

en el mundo moral, vienen de esta centella. ¿Veis aquella casa dividida, aquella familia desunida, tal parroquia turbada, aquel Estado en revolución? ¿Queréis conocer la causa de tales trastornos? La hallareis en alguna lengua viperina que ha infiltrado su veneno al través de las tinieblas. Ved aquellos amigos tan unidos: una palabra imprudente dicha por un tercero, ha dado por resultado que sus corazones hayan sido traspasados por una mortífera bala. La lengua dice un autor ascético, se desliza como la anguilla, penetra como la flecha, separa à los amigos, multiplica los enemigos; excita las querellas, siembra la discordia, y con un solo golpe hace muchas víctimas; es acariciadora, astuta, por doquiera se desata y se presta para el mal.

Con la lengua, el impío blasfema contra Dios; por ella el apostata reniega de su fé; por ella el traidor vende à su patria; por ella el maldiciente y calumniador arrebató el honor y la reputación del prójimo; por ella el mentiroso engaña à sus semejantes. ¿Quién contará los pecados de la lengua, muchos de ellos irreparables y otros de graves consecuencias?

III

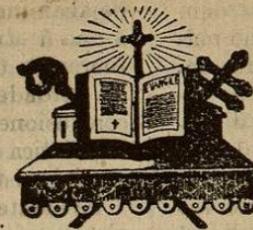
Se me preguntará: ¿de dónde viene que haya buenas y malas lenguas? ¿de dónde procede que la misma lengua buena se haga mala? El Espíritu Santo se encarga de responder. La lengua es el instrumento puesto para el servicio de la inteligencia y del corazón. *Ex abundantia enim cordis os loquitur* lo que sale de la boca, viene del corazón: *quae autem procedunt de ore, de corde exeunt*. Sí, del corazón dice la S. Escritura proceden los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. De donde se sigue que si está al servicio de un corazón perverso, es radicalmente mala, mientras que la que procede de un corazón bueno, buena será. El buen sentido manifiesta que una fuente envenenada, de ella no brotará la onda benéfica; que un árbol malo, no producirá buenos frutos.

Mas de alguna vez habreis presenciado la consulta à un médico. Puesto ante el enfermo; ¿qué le pregunta? Enséñeme Vd. la lengua. Si la encuentra sucia, cargada, diagnostica que el cuerpo está cargado de humores; pero si la halla limpia, concluye que el organismo interior funciona equilibrado, y en consecuencia resuelve que la salud es buena y vigorosa. Lo mismo sucede en el orden moral. Los que tienen una lengua emponzoñada, con ella matan, como mata la ponzoña de la bíbora: *occidit cum lingua viperarum*. Así son aquellos por los que circula el veneno acumulando la negra malignidad en su corazón; pero si el corazón es puro, dulce, benévolo, caritativo, la lengua prorrumpie en palabras dulces y caritativas. Los moralistas, como los médicos, tienen un medio infalible de conocer el estado de un hombre y sus enfermedades espirituales: la lengua, por que ella revela las disposiciones interiores. Estoy en medio de un grupo de hombres; presto mi oído à sus conversaciones. Este profiere blasfemias, insulta à Jesucristo, ataca la religión: de hecho que lo devora la fiebre de la impiedad. Aquel tiene una lengua obscena, desvergonzada, cuyo cáncer horrible devora su corazón, ya en putrefacción: me hallo ante un libertino.

En resumen. Entre todos los organos del hombre, la lengua es el más poderoso para el bien, así como para el mal. La lengua alaba à Dios, pero también blasfema su santo nombre; lo bendice, pero lo maldice: consuela à sus semejantes, pero à otros desgarró con su lengua viperina; los convierte, pero también los pervierte; los salva, pero también los pierde. La lengua, repito, es un organo que está al servicio del corazón. Trabajemos pues en purificarla, en desembarazarla de todos los malos sentimientos de que la palabra es fiel interprete. Cuando nuestro corazón sea bueno, nuestra lengua no proferrá mas que buenas palabras. Pidamos al Espíritu Santo que obre en nosotros esa transformación, esa creación que pedía el Santo rey profeta: *cor mundum creá in me Deus*.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga. --D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, AGOSTO 22 DE 1892.

NUM. 16

SECCION I.

CARTA

DE S. S. LEON XIII.

AL OBISPO

DE GRENOBLE.

LEON XIII, PAPA.

A nuestro Venerable Hermano Amado, Obispo de Grenoble.

No queremos diferir, Venerable Hermano, el expresaros cuan grata Nos ha sido la carta en que Nos dabais cuenta del Congreso católico de la Juventud francesa, celebrado en Grenoble bajo vuestra presidencia, con el concurso de hombres recomendables por su piedad, su ciencia y su perfecta sumisión à los actos de la Santa Sede, en los cuales Nos hemos trazado muy recientemente à los católicos la línea de conducta que deben seguir para la defensa eficaz de los derechos supremos de la Iglesia.

Estas noticias han moderado las graves amarguras que Nos sentimos al ver que se combate de tantas maneras à esta religion cristiana, de la cual depende la salud de las almas, y por consiguiente el bienestar de la humanidad, el progreso real de la civilización.

Elas nos sirven de prueba de que nuestra palabra halla, aún hoy, como hallará siempre espíritus solícitos en escucharla dócilmente y en tomarla como regla de su vida. Estos hombres han dado con esto, al mismo tiempo, público y saludable testimonio, muy oportuno.

Otros hay, en efecto, sentimos declararlo, que, protestando de su catolicismo, se creen con derecho à mostrarse refractarios à la dirección marcada por el Jefe de la Iglesia, bajo pretexto de que se trata de una dirección política. Pues bien, ante esas erróneas pretensiones, Nos mantenemos en toda su integridad cada uno de estos actos anteriormente emanados de Nos, y Nos decimos hoy: "No, sin duda, Nos no buscamos hacer política sino cuando la política se halla íntimamente ligada con los intereses religiosos, como sucede actualmente en Francia. Si alguno tiene misión para determinar la conducta que puede eficazmente poner à salvo los intereses religiosos en los cuales estriba el fin supremo de las cosas, este es el Pontífice Romano."

Con este principio titular del bien de

La Roma del Papa ilustrada, en Italiano. Su autor El Conde Luigi Pianciani Editor E. Perino.—Roma.

Los errores científicos de la Biblia, en Francés, por Emile Ferriere.—París, antigua librería Germer Bailliere, editor Felix Alcan.—1891.

Los Apóstoles. Ensayo historico religioso según el método de las ciencias naturales, en Francés, por el mismo autor, y editor.—1879.—París.

Paganismo de los Hebreos hasta la cautividad de Babilonea, en Francés, por el mismo autor, y el mismo editor.—1884.

El alma es la función del cerebro, en Francés, tomo 1.º y 2.º, por el mismo autor y editor.—1883.—París.

La materia y la energía, en Francés, por el mismo autor y editor.—1887.—París.

La vida y el alma, en Francés, por el mismo autor.—1888.

El Darwinismo, en Francés, librería en París de Germer.

Catolicismo y Espiritismo, por J. G. supret é hijo, en Francés.—París, librería de las ciencias psicologicas.—1891.

Dominadores de la Iglesia, en Italiano, Venecia, tipografía de la Ancora.—1891, su autor Aductus, editor J. Merlo. Auctor laudaviliter se subjecit et opus reprobavit.

Sobre una Pastoral Episcopal contra el monumento de Rosmini—Observaciones historicas, en Italiano.—Milan, tipografía de L. F. Cagliati.—1889. Auctor se subjecit et opus reprobavit.

La reforma del Clero según el Concilio de Trento. Autor Virginio Marchese, canónigo de Cardé, de Turin.—1884.

—Defensa del Clero. Reforma del clero según el concilio de Trento, en Italiano, por el mismo autor.—Turin.—1884.

—La conversión de los protestantes por medio del concilio de Trento, en Italiano, el mismo autor.—Turin.—1891.

El Diaconado Católico y la cuestión social, el mismo autor.—Turin.—1891.

Vida de Jesucristo ilustrada con ochenta y seis grabados artísticos, por Rugge-

ro Bonghi, en Italiano.

Las congregaciones romanas. Guia historica y practica, por Felix Grimaldi.—Siena, imprenta de San Bernardino.—1890. Auctor laudaviliter se subjecit.

Camilus, Cardin. Mazzella. Praefectus.—Fr. Hyacinthus. Fratr. O. P. a Secretis.—Locus sigilli

I.

UTILIDAD

de la tentacion.

Es necesario que las tentaciones nos sean muy utiles para que Dios haya permitido, como una ley, que los hombres quedaran sujetos á ellas, principalmente los cristianos. Examinemos de qué nos puedan ellas servir; y si nos son provechosas, para que no nos quejemos de tenerlas, y para que estemos preparados á resistirlas.

Las tentaciones son útiles, porque sirven para probarnos, dice Sn. Gerónimo. Es cierto; tenemos necesidad de prueba, porque sin ella no hay virtud. ¿Qué mérito tendríamos para ser castos, si no sintieramos los atractivos y las seducciones de la carne? ¿Qué mérito para ser caritativos si ninguno nos ofende ni nos maltrata? ¿Qué mérito en fin, para ser paciente si nada tenemos que sufrir? Si no hay pues combates y luchas, no hay virtud, porque no hay mérito, y en consecuencia no puede haber recompensa. “Dios quiere que estemos contristados por diversas tentaciones, dice el apóstol S. Pedro, para que nuestra fidelidad esté á prueba, como el oro con el fuego.

Nada más justo que este pensamiento del príncipe de los Apóstoles. La tentación hace en nuestra alma, lo que el fuego en los metales. Habeis visto como se fabrica el hierro, por ejemplo? Entrad en donde se prepara y se dispone ese metal; ved ese montón de pedruscos que se va á fundir, es hierro, pero mezclado to-

avía con otros cuerpos. Para transformarle en metal sólido y utilizable, debe sufrir por dos veces la prueba del fuego. Puesto en fusión primeramente, se hace después uso de él, forjado ya con cualquier forma; después se expone á los golpes de un pesado martillo que le aplasta, le dobla, haciendo volar las escorias que contiene. Comprimido después, entra en enormes cilindros, y cortado en pedazos, vuelve al fuego para pasar á su última purificación, sometiéndose por segunda vez á la compresión de los cilindros, saliendo flexible y capaz de hacerle servir en la forma y figura que se quiera. Ved lo que Dios hace con el alma: metal divino, mezcla de numerosas escorias como son los vicios, pasiones, inclinaciones perversas, necesita purificarla. Para esto, la pone al fuego de las tentaciones, donde entra en una especie de fusión, donde hierve, sometiéndola despues al duro y pesado martillo de las humillaciones. Bajo golpes tan repetidos que la trituran, y la comprimen, queda purificada y separada de toda criatura. La pasa y repasa por los cilindros de las pruebas, sinsabores, decepciones, traiciones, de donde sale desprendida de todo lo que no es de Dios, quedando pura, humilde, dócil á todo lo que El quiere, aceptandolo todo de Dios, según sus designios eternos. No es pues que Dios os abandone cuando sois tentadas, pobres almas, sino al contrario, al ponerlos á prueba con ellas, es porque quiere que quedeis puras y perfectas. ¿Ha tratado de otro modo desde Abraham, á Job, Tobías, los apóstoles, los mártires y á las virgenes? “Porque tu eres agradable á Dios, ha sido necesario que las tentaciones te prueben,” dijo el ángel á Tobias [Tob. 12,13] “Y todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, sufrirán persecución.” (II. Tim. 3,12) Palabras que Sn. Agustín y Sn. Juan Crisóstomo entienden de las luchas, combates y pruebas que constantemente tendremos que sufrir interior y exteriormente. Y Sn. Gregorio el Grande añade:

No temo decir que vuestra vida no será piadosa si no sufre tentaciones.

Las tentaciones son útiles, dice S. Bernardo, porque nos hacen adquirir la humildad y mantenernos en ella. “Señor, decía David, muy bueno ha sido para mi que me hayas humillado, porque así he aprendido á andar por tus caminos (Salm. 18). Nuestro orgullo es la fuente de todo mal, de nuestros pecados; la tentación es un freno que encadena nuestra alma á la tierra de la humildad. ¿De qué gloriarse, para qué elevarse cuando á cada instante se siente querer caer, pues con el dedo se palpa la debilidad? Fuerza es humillarse, reconocer su miseria, pedir socorros al cielo y unirse á Dios, cuando se vé qué abismos nos circundan y qué enemigos nos asedian. La tentación nos tiene en vela, nos impide abandonarnos á una ciega confianza, para no dejar la virtud confiada á nuestras propias fuerzas. La agua de un estanque, ó de un lago se corrompería muy pronto, si las tempestades ó los vientos que la agitan y la azotan no la movieran hasta sus profundidades, impidiéndola así estancarse: así el alma cristiana, sin tentaciones, estaría expuesta á perderse, engañada con la apariencia de una pérfida seguridad.

Las tentaciones son tambien útiles para conservar y aumentar la caridad. ¿Qué derecho tenemos para criticar y condenar al que delinquirió, cuando sabemos por experiencia cuán terribles son las luchas que el corazón humano tiene que sostener? ¿Cómo mostrarse severo, sin piedad hacia su prójimo, cuando uno mismo se vé expuesto á iguales naufragios y hierven en nuestras venas deseos vergonzosos? ¿No es verdad que estas tentaciones con sus asaltos tan repetidos son una voz que nos grita: Guárdate de condenar á los que sucumben, porque mañana, quizá tu serás el caído? No arrojes la piedra al que sucumbe, porque tu sabes muy bien lo que sufriría, y con cuánta facilidad se puede deslizar, y entonces ser tu mismo el caído. Nada más cierto en fin, que las tentaciones nos pueden llevar

las almas, se unen todas las enseñanzas que Nos hemos creído dar recientemente en varias ocasiones, en virtud de Nuestro ministerio apóstolico; y lejos de introducir un principio nuevo, no han hecho más que continuar aplicando á conjeturas actuales las enseñanzas tradicionales de todos Nuestros predecesores, que en diversas épocas críticas, han hecho todo lo posible, en su amor por las almas para iluminar los espíritus perplejos ó preservar de una desviación funesta á aquellos á quienes su celo ha obligado á hacer falsa ruta, á consumirse en vanos esfuerzos y servir de traba al bien.

Pero al volver á los buenos y valerosos ejemplos dados por el Congreso de Grenoble, Nos señalamos con la mas viva satisfacción la parte importante que ha tomado en él la juventud católica, con apoyo de hombres notables para su existencia.

Dios bendecirá ciertamente los esfuerzos de esos jóvenes, no ménos inteligentes que decididos, que han tomado por única palabra de orden la conservación de la fé cristiana.

Hubo un tiempo en que el Oriente cristiano pidió á Occidente el refuerzo de sus armas para poner un dique á las invasiones devastadoras de los infieles, y nadie ignora con que heroísmo Francia tomó parte en aquel movimiento. Otros son los tiempos y otros los males que hay que conjurar.

Ya no es cuestión para los católicos franceses de rechazar á lo lejos el torrente de los infieles. Se trata de poner á salvo y de desplegar la fé en su propia patria, amenazada de verse totalmente descristianizada. No pueden luchar con armas materiales análogas á las de los cruzados; pero tienen la libertad y el deber de recurrir á las armas espirituales.

Tales fueron las armas manejadas con tanto vigor en la verdad, con tanto brillo en la elocuencia, por los apolo-gistas, contra los errores y las calumnias de los paganos, primeramente contra el racionalismo de los sofistas, despues tales fueron también las armas empleadas por los már-

tires, cuando en su valor heroico, aliaban tan estrechamente el amor de Dios con el amor verdadero de la patria donde se dejaban matar antes que hacer traición á uno ú otro de estos dos amores; tales fueron en todos los tiempos las armas de los verdaderos fieles, resueltos á sacar las conclusiones de los principios de su fé por la práctica sincera y completa de los deberes del cristiano.

Evidentemente del genio de los apolo-gistas no pueden participar todos, por que no todos están llamados á llevar la virtud hasta el heroísmo, pero no hay un solo cristiano que pueda desconocer que es para él un deber proporcionado á las fuerzas comunes el conformar sus actos con su fé y hacerse por ende digno instrumento de la misericordia divina en la curación de los espíritus ciegos por la ignorancia ó las pasiones. Estas disposiciones han sido precisamente las del Congreso Católico de Grenoble, como también de los Congresos análogos que le han precedido ó seguido y también han estado de acuerdo en adoptar las mismas santas resoluciones.

¡Ojalá que estas asambleas se multipliquen! ¡Ojalá que Francia vea germinar en todas partes de su suelo asociaciones cristianas, animadas de idénticos sentimientos. A este precio se puede esperar que se mantenga el espíritu cristiano vivo, laborioso, comunicativo, y llevará la luz de la fé al fondo de todas las almas que la han perdido ó no la tienen sino vacilante é inerte.

Por todas partes, y siempre la ignorancia, fué la gran enemiga de la Iglesia de Jesucristo, y lo es también hoy en Francia, donde se ignoran totalmente, ó no se conocen en su verdadera luz, los sublimes misterios de la religion cristiana ni los beneficios incomparables prodigados á la humanidad por el Redentor del mundo, ni la misión saludable de esta sociedad divina que se llama Iglesia, maestra infalible de verdad, santificadora de las almas, y, por consiguiente, fuente suprema de perfección para los individuos como para los pueblos. Esta ignorancia explota-

da por la calumnia, invade las masas populares que caen en la somnolencia de la indiferencia y dejan el campo libre á todos estos enemigos de la Iglesia, encarnizados, para desterrarla de la menor participación en la vida social de la humanidad. El paganismo no tenía otros procedimientos para con los primeros cristianos, pero felizmente éstos, lejos de desmoralizarse, trabajaron con mas energía por extender en derrador de ellos los beneficios de la verdad cristiana.

Se sabe cuáles fueron los frutos de su confianza.

Una importante observación pondrá término á lo que queremos decir; es verdad que el progreso de la vida religiosa en los pueblos es una obra eminentemente social; dada la íntima conexión entre las verdades que son el alma de la vida religiosa y las que rigen la vida civil, y de aquí resulta una vida práctica que importa no perder de vista y que dá á los católicos una amplitud de espíritu muy característica. Queremos decir que á la vez que se mantengan firmes en la afirmación de los dogmas, y limpios de todo compromiso con el error, es propio de la prudencia cristiana no rechazar, mejor dicho, saber conciliar, en la prosecución del bien, ya individual, ya social, el concurso de todos los hombres honrados.

La gran mayoría de los franceses es católica, pero entre aquellos mismos que no tienen esta dicha, muchos conservan á pesar de todo un fondo de buen sentido, una cierta rectitud que se puede llamar el sentimiento de una alma naturalmente cristiana.

Pero este sentimiento elevado les dá con el atractivo del bien la aptitud para realizarlo, y más de una vez estas disposiciones íntimas, este concurso generoso, les sirve de preparación para apreciar y profesar la cristiana: tampoco Nos hemos descuidado en nuestros últimos actos pedir á esos hombres su cooperación para triunfar de la sectaria en lo sucesivo desenmascarada y sin freno que se ha

propuesto la ruina religiosa y moral de Francia.

Cuando todos, elevándose por encima de los partidos, concierten con este fin sus esfuerzos, los hombres honrados con su sentido justo y su corazón recto, los creyentes con los recursos de su fé, los hombres de experiencia con su sabiduría, los jóvenes con su espíritu de iniciativa, las familias de elevada posición con sus generosidades y sus santos ejemplos; entonces el pueblo acabará por comprender de qué lado están sus verdaderos amigos y sobre qué bases duraderas debe reposar la dicha porque suspira; entonces se inclinará hácia el bien, y cuando ponga en la balanza de las cosas su voluntad poderosa, se verá la sociedad transformada tener á honra el inclinarse delante de Dios para contribuir á tan bello y patriótico resultado.

Acabais de darnos una nueva prueba de este celo en el Congreso que habeis presidido en Grenoble. Además Nos esperamos que las resoluciones que se han tomado se pondrán en práctica con discernimiento y perseverancia, y que se perfeccionarán por su aplicación misma.

En esta confianza. Nos os damos de todo corazón, así como á todos los miembros del Congreso y muy especialmente á la selecta juventud francesa, Nuestra bendición apostólica.

Dado en Roma á 22 de Junio del año 1892, de Nuestro Pontificado año quince.

LEON XIII, PAPA.

SECCION III.—VARIEDADES.

S. C. DEL INDICE.

Feria V, die 7 aprilis 1892.

La Sagrada Congregación . . . condenó y condena las obras que á continuación se expresan.